
CAPILLADA 29. OCTUBRE 19 DE 1837.

FR. GERUNDIO.

Cuncta videt ducitque Deus, fraudesque relegat.

La realidad de Dios no quiere trampas.

Palabras del Rmo. Barajas en su Comentario sobre el libro de las cuarenta y ocho.

EL TRESILLO DE ROCAMBOR.

En una ocasión estaban jugando al tresillo al rededor de una gran mesa tres señoras que llamaban Doña Britania, Doña Francesina, y Doña Hispania: á poco que estaban jugando entró á hacer el cuarto pie uno que llamaban el Pretendien-

te, porque se decía serlo de Doña Hispania. A esta señora le había dado bien hasta entonces; pero desde que él entró comenzó á enredarse el juego, y á hacerse puesta sobre puesta. Era el que hacia la contra á Doña Hispania; aun que no tuviese nada, siempre iba él *al robo*; él tenía la chiripa de *robar bien*; ó no lo había de haber en la baceta, ó todo lo había de arramplar: agregábase á esto que cualquiera de las otras dos señoras que jugase, siempre se *achicaban*, dejándole hacer todas la bazas que podía; no había peligro que le *fallasen*, aunque vieran que se iba *metiendo mucho en bazas*. Por otra parte Doña Hispania no era gran jugadora, pues no había jugado al rocambo mas que otras *dos temporadas* hacia muchos años, de suerte que todo lo tenía olvidado. Asi es que no sabia aprovechar el juego, desperdiciaba *el palo del triunfo*, y no fallaba cuando debía, ni estaba diestra en *endosar*, que es la principal habilidad en este juego. De manera que muchas veces se esponia *á codillo*; y no le llevaba, porque afortunadamente el Pretendiente que la iba la contra no era tampoco gran jugador. Con esto Doña Hispania, iba sacando unas y poniendo otras; pero siempre perdía, porque en pagar *condiciones* se le marchaba el dinero, amen de algunas puestas de castigo por *renuncios* ó por *carta de menos*.

Al lado de Doña Hispania, á la *esquina* de la gran mesa, estaba el caballero D. Portugalito, viéndola el juego, y ayudándola á jugar; pero no

menos aprendiz en el tresillo que ella, solo la servia para no perder alguna otra jugadita sencilla: cuando estaba el platillo cargado, no se atrevia á entrar sin mucho juego; necesitaba á lo menos los cuatro estuches para resolverse á ir la jugada.

Tenia además la señora Doña Hispania á su lado otra porcion de directores; que al que juega poco, nunca le falta quien se le pegue al costado para decirle en tono de maestro cómo ha de jugar, y suelen echarlo mas á perder. Asi sucedia, siendo lo peor de todo que la volvieran loca con sus consejos y sus encontrados pareceres: no habia jugada en que convinieran todos. Si él uno la decia: *salga V. triunfando de bajo*; replicaba el otro: *nada nada, señora, dé V. dos ó tres triunfadas de alto, á descubrir juego; que salgan luego los triunfos, mas que nos perdamos*. El de la derecha la decia: *falle V. , no deje V. á nadie entrar en bazas*; y el de la izquierda: *deje V. pasar esa, que la contra está en otra parte*. Y asi la iban comprometiendo, y aun descubriendo el juego con su poca reserva.

Les habia tan tímidos que al instante la aconsejaban que pidiera *la defensa*: «Señora, la decian, pídale V. con tiempo, que despues acaso no habrá lugar, y no podrá V. evitar el codillo: el caso es ir á lo seguro.» «¿Qué defensa, ni qué Cristo? decian los otros, primero muerto que rendido; cuatro bazas son probables: ¿qué sabemos si el juego estará repartido? Podrá ser codillo, pero al cabo *se pierde con honor*: mas la queremos codillo si-

guiéndola, que puesta con defensa: adelante, á lo que el juego dé de sí.» De este modo la atontecian con sus direcciones, y sus consejos, y hubiera sido mejor que la dejaran jugar sola y á su modo.

Ultimamente, se separaron de su lado los mas cobardes, y se fueron á ver el juego de Doña Francesina: á enredar mas el juego acaso. Y quedaron dirigiéndola los mas resueltos; jugadores de fama; antiguos tresillistas, pero *muy ligeros*. Algunos de ellos habian escrito un libro de Tresillo, y todo lo querian jugar por las reglas de aquel libro; las reglas al parecer no eran malas, asi á la simple especulativa; pero tratándose de reducirlas á la práctica en el juego, fallaban las mas de las veces, y mas perjudicaban que aprovechaban. Sin embargo, empeñados en que todo lo habian de jugar *por el libro*. Tenian otra cosa: todo les parecia que podia irse solo; su sistema era; mas vale mal solo que buena jugada. Sobre todo, asi se evita tener que pedir *defensa*: si se pierde que se pierda; el caso es no pedir nada á nadie.

El resultado era que Doña Hispania se iba quedando sin cuartos, porque el caballero Pretendiente, aunque se decia Pretendiente de la señora, no trataba mas que de chuparla lo que podia. No era extraño, porque para entrar á jugar habia tenido que empeñarse mucho, pidiendo prestado á sus amigas Doña Rusita, Doña Holaudita, y otras. ¡Mira V. qué méritos de Pretendiente! Estar obsequiando hasta con bajeza á las damas mas enemis-



•Señora, chille V. que tiene V. la espada y este hombre no sabe penetrar:
que vaya muerto si quiere.
Capitulado 29. Tomo II.—Pag. 61.

gas de aquella cuya mano pretende! ¿Ha visto V. qué galan? A Fr. Gerundio le parece que no se debe galantear así.

Tan mal se iba poniendo el juego, y tantas puestas le costaban á Doña Hispanita los *solos*: que iba por consejo de los autores del libro, que ya no se atrevia á jugar por mucho juego que tuviese. Doña Francesina decia: *paso*; Doña Britania *pasos*; y á su ejemplo Doña Hispania llegó á pasar *con la espada y tres reyes*. Entonces dijo el Pretendiente: *penetro*. Fr. Gerundio estaba viendo el juego, y le llevaba el demonio. Ya no le dejó el genio, y no pudo menos de decir á Doña Hispania: «Señora, chille V. que tiene V. la espada, y este hombre no debe *penétrar*: que vaya *muerto* si quiere. Y tenga V. cuidado, que se está jugando con trampas, y mientras Fr. Gerundio vea lo que pasa en *la gran mesa*, jurambriós que no ha de permitir que se engañe á una señora de bien. Observe V. cómo cuando V. juega, y el Pretendiente hace la *contra*, lo primero que cuidan tanto Doña Britania como Doña Francesina es de *hacer su baza* mas que V. lleve codillo; y le prestan triunfos por debajo de la mesa, y juegan con dos barajas, y hacen otras *falcatrúas* por el mismo estilo. Juegue V. siempre en regla y con prevención, sin hacer caso de los consejos de esos directores que gustan de ir las tan ligeras; y no hay que dejar hacer *baza* á nadie, porque donde menos se piensa está la *contra*, ó la pícara intencion de *acodillar*.

Yo no sé si consistiría en el aviso de Fr. Gerundio ; lo cierto es que el Pretendiente tuvo que reducirse por entonces á jugar al *muerto*, y desde aquella prevencion le dió Doña Hispania tres ó cuatro codillos seguidos que le dejó para no prestar.

Fr. Gerundio no sabrá jugar, pero sabe evitar con sus advertencias los renunciados, y sobre todo no permitir que se hagan trampas.



¿EN QUE PARARÁN?



Tirabeque, hombre: hombre, Tirabeque; tú me quitas la vida con tus cosas; te marchas cuando te dá la gana, vuelves cuando te acomoda; ay! Tirabeque! tú me la pegas; tus pasos aunque eres muy Lego, no pueden ser muy *legales*: tú por allá bien entretenido, y tu amo aquí solo toda la mañana, sin tener siquiera quien le sacára un caldo: mira como me he puesto por ir á sacarle

yo, y á soplar la lumbre, mira; la peluca quemada, las barbas chamuscadas....—Señor, si á todos los que andan con *soplos*, se les chamuscáran las barbas, vería V. como no habia tantos *soplones*.—Vaya, déjate de muecas, que me has dado muy mal rato; y luego el puchero sin sal, y sin poder encontrar el salero, por mas que le busqué.—Ah señor, el salero de Tirabeque está muy guardado; y le advierto á V...—Que te dejes de chanzonetas te digo: vamos, ¿de dónde vienes?—Señor, vengo de ver la *Intriguilla*.—¿Quién es la *Intriguilla*? ¿Alguna amiga tuya?—No señor, no: mas amiga es de otros. La *intriguilla*, esa que anda ahora por las elecciones: vengo de ver votar.—Há; sí: creo que ha andado muy lista esa señorita por todas partes.—Es la que mas ha trabajado, señor; casi casi estoy por decir que es la que hace los Diputados....—Calla no blasfemes, Lego irreflexivo. ¿Y que sabes tú si no has visto lo que pasa mas que aquí en Leon?—Y he visto bastante, y me sobra; mas valia no ver tanto. Y crea V., señor, que segun cuentan, en unas partes se ha presentado la señorita *Intriguilla* con el velo tendido, muy cubiertita, con cierta monitas así como las beatas nuestras, pero urdiendo una tela de enredos como si fuese una araña; y en otras ha andado Doña *Intrigota* con un descaro como una rabanera, deslachada, escotada y sin recatarse de nadie.—Pero solo será un partido el que se haya valido de estas señoras para triunfar.

—Señor, la verdad, unos y otros han intrigado lo que han podido, sin mas diferencia que los unos lo han hecho con eso que Vds. llaman mas disimulo que los otros. Y valdrá mucho el ser Diputado, señor. —Nada, hombre, no vale nada; pues eso es lo mas gracioso. —¿Qué no vale nada? Mírese V. bien, señor. —Como te lo digo, hombre. —Señor, algo valdrá. —No vale nada, Tira-beque. —Señor, no puede menos que valga algo. —Cuando te digo que no... Si es cargo gratuito. —Gratuito ó no gratuito, cuando los señores lo pretenden con tanto ahinco, no hay quien me quite de la cabeza que vale; y sino, ellos pensarán hacerlo valer; á mí no me digan. ¿Cuánto apostamos á que los mas de ellos lo hacen valer? —¿Qué les ha de valer, bobo? Gastos y sacrificios. Únicamente la gloria... —Ah señor! ¿les vale la gloria? Oh Virgen Santísima! ¿quién diera á Tira-beque ser Diputado! la gloria nada menos. señor... caramba, si lo sé yo antes... —Pero es la gloria mundana, bobo. —Há; yo pensé que era la gloria del cielo: la mundana buen provecho les haga. —Lo que me choca es que digas: *si yo lo sé antes...* mentecato! ¿quién te habia de haber dado á tí un voto? —Mas de cuatro; mire V.; esta misma mañana estando en la sala de elecciones se llegó á mí un paisano, y me dijo: “¿quiere V. que le dé al voto, señor (mire V. si seria bien bruto cuando á mí me llamó señor)? Si me dá V. para un cuartillo, le voto.” Yo le eché mal

pareciendo, y le dije: «Paisano, Tirabeque es mas caballero que lo que V. piensa; vaya V. mucho con Dios.» Pero él me replicó: «Señor, por eso no se enfade, que allá en el lugar estuvo otro señor en busca de votos, y convidó á los vecinos á cuartillo por cabeza: yo no estaba en el lugar entonces, y cuando me lo contaron, díjeles á los otros: á no vos dé cuidado, que al primero que tropiece, si me dá pa un cuartillo, doile el voto.» Lo mas, perdone sile ofendí.—Hombre, no seas embustero.—Señor, que muerto me caiga si no me pasó así conforme se lo cuento á V.—Vaya, si estamos mas ilustrados de lo que yo mismo creia. Esta ley electoral es todavía poco popular, poco directa: debía votar todo el mundo sin escepcion ninguna: si sabemos ya mucho; y sinó que lo diga el del cuartillo.

Lo que me parece, Tirabeque, es que segun se va viendo el resultado de las elecciones en general, va saliendo gente de todos los partidos y colores.—Sí señor; la pepitoria que V. ha pronosticado siempre.—No es lo peor eso, sino que quedan Diputados y Senadores los corifeos (los gefes, para que me entiendas) de los mas opuestos é irreconciliables partidos; de modo que no sé en qué pararán estas Córtes. Dime tú, en que te parece á tí que pararán?—De eso yo no sé: ¿en que le parece á V. que pararán, señor?—Pevó tú dí con franqueza; á tu parecer, ¿en qué pararán?—Señor, mejor lo discurrirá V. que yo: vamos, ¿en qué

pararán?—¿En qué pararán, Tirabeque?—¿En qué pararán, mi amo Fr. Gerundio?

Y así nos quedamos amo y lego sin saber en que pararán.

